

mental, dulcemente voluptuosa de Straus, esparciendo sus armonías, en el ambiente que aromatizaban las violetas, amapolas y alelles de los jardines, exaltaba el erotismo tropical de la alegre concurrencia.

* * *

La pálida sala del teatro deslumbraba. En medio del blanco resplandor de los focos eléctricos, bocas frescas, rojas, sensuales, esparcían la viveza de las sonrisas; en los ojos tentadores llenos de visiones y picardías, centelleaban las miradas; sobre las blancas carnes, pecadoras y opulentas, que mostraban los descotes, los diamantes esparcían las llamaradas de sus facetas; produciendo todo ese conjunto de belleza, de grandeza y sensualidad una sobreexcitación en los espíritus, como consecuencia del magnetismo de los cuerpos.

El célebre concierto, había congregado a la alta sociedad, a todos los hastiados de ocio y de placeres, a aquellos que ven sus nombres en las «Notas Sociales» de los grandes diarios, al reseñar las carreras de caballos, las funciones teatrales, los bailes y los banquetes. Sociedad abigarrada donde se codea la gente de limpia alcurnia del porquero marqués, con condes postizos e improvisados rentistas, logreros enriquecidos en la caja fiscal, en las horas tempestuosas del motín, los peculados y las desmembraciones; unión heterogénea y escéptica de gente corrompida y virtuosa, sedienta de todos los goces, dominada de todos los deseos, a quienes la fortuna y el lujo, convierte en la sociedad *en boga*, y el servilismo reporteril en la *elite*, en la cual reside el talento, la belleza y el buen gusto...

En medio de ese ambiente de luz y de elegancia estaba Sorelo, por satisfacer un deseo de la tiránica Rosa.

Comenzó el concierto. Un soplo viril, como choque de opuestos sentimientos domina en la sinfonía de Schubert, que la orquesta ejecutaba. El ambiente parecía seráfico por la espectación inmóvil y ansiosa del auditorio, preso en la atracción armónica del «Allegro moderato» de la sinfonía que derramaba una serena resignación, una resignación consoladora.

Silenció la orquesta dejando en las almas sensibles un dejo de tristeza. Los espectadores de espaldas al escenario dirigieron sus lentes a los palcos, a las butacas y galería llenas de femenino conjunto. Comenzaron las conversaciones, la eterna murmuración que dice de la vida, de los deslices, de los adulterios y los escándalos de ese mundo de la relajación y el boato.

Sorelo pasó su mirada por los palcos en busca de la mujer amada... y la distinguió.

Allí estaba, acompañada del esposo, dulcemente bella, belleza que realzaba más, el vestido de brocado rosa guarnecido de guirnaldas de oro y perlas. La languidez de sus ojos medio cerrados, sus labios de carmín

entreabiertos como una promesa y los adornos de oro mate y pedrería que dividían sus rubios cabellos, imprimían en su fisonomía un sello de distinción deslumbradora y melancólica. Sorelo se estremeció. Lo había reconocido ella. Su fisonomía se animó... y le dirigió los lentes y sus sonrisas.

Las murmuraciones seguían en torno de Sorelo. Prestó atención a ellas.

—Dígame Javier, ¿esa hermosa rubia que acompaña al hombre gordo, en el cuarto palco que dirige sus anteojos por este lado?

—¡Ah! Rosa... Casó con ese hacendado rícachón y tosco, enamorada locamente... de su dinero. Es una adorable coqueta.

—¿Será una fácil conquista! ¿Es su amiga?

—No sólo es mi amiga: fui su víctima. Era su enamorado cuando me dió en las narices con ese estafermo... y se casó... Pero Josesito Guart me vengó rápidamente. Tuvieron varios meses de amoríos, hasta que rompieron no sé por qué... Después de algún tiempo ocupó la plaza Jorge Bant.

—¡Jorge Bant!

—¿Qué le sorprende? Jorge es hermoso, rico, de ingenio, mozo de brillante porvenir, cuenta con vehementes simpatías en los salones donde su fortuna le da acceso; es el burlador de todo los maridos... y no hay dama que le resista.

En ese momento un joven muy elegante hacía su aparición en el palco de Rosa.

—¡Fíjese! Jorge acaba de entrar en el palco.

—Sorelo, entristecido; se dejó caer en su butaca. Comenzaba el prelude de «Las rosas de Jamaica» de Valle Riestra, y el fugado que se desarrolla en una indecisa tonalidad de sentimiento y tragedia, brotaba de la profundidad de la orquesta diciendo de modo absoluto el dolor arrancado al movimiento de la ficción sagrada, transportado en una revelación de inspiración y sencillez...

Sorelo, cerró los ojos dominado por el sentimiento trágico de la concepción, que hizo inmensa su angustia, como si fuera presa de éxtasis doloroso en brazos de la amada, sobre un lecho de voluptuosidad y de muerte.

* * *

Napoleón Sorelo, no era un escéptico; sus negativas y retrainimientos de las luchas obreras, eran fruto de la reflexión, modelada a fuerza de reveses, no de los arrebatos de su amor clandestino.

El, como vocero de todas las reivindicaciones, fué a las multitudes, creyendo tornarlas conscientes y amenazadoras; lleno de alborozos juveniles, de firmezas generadoras de vitalidades. Y tornó contagiado. Las lágrimas de los dolientes empaparon sus vestiduras, y la piedad como un rezago de enfermizo cristianismo dominó su alma, en esos rincones infectos donde el dolor preludia su extraña sinfonía, donde la miseria teje su malla de abyección y servilismo. Y